

COMENTARIOS

LA CULTURA TRADICIONAL

UNA serie de circunstancias ingratas han hecho que la palabra «folklore» y sus derivados adquieran hoy, entre nosotros, una acepción peyorativa, capaz de poner en guardia y aun en aprieto al espíritu más sazonado. Apresurémonos a confesar que el fenómeno no tiene en sí nada de insólito en este mundo actual, caracterizado por los equívocos verbales y los conceptos contradictorios, que ha logrado convertir en tabú las palabras más augustas, como pueblo, paz y democracia, sometidas ya a todas las aventuras de un verdadero «mercado negro». La novedad de la mistificación consiste aquí en el atropello del vocablo folklore, cuando la teoría general del folklore está todavía por hacer, cuando su concepto se torna cada día más difícil ante la incesante ampliación del campo de las investigaciones y sus mismos paladines auténticos foman un equipo insuficiente, pese a su denuedo y a su capacidad, frente al bloque de leyendas, tradiciones, cuentos, creencias, costumbres y proverbios de todos los pueblos de la tierra.

Sólo una metódica labor de parcelación puede producir, en estos dilatados dominios, copiosos frutos. Juan Amades ocupa a este respecto, en el área de Cataluña, un puesto eminente, sencillamente ejemplar. Pasan de noventa sus trabajos, publicados o inéditos, de carácter folklórico, referentes al Principado. Su tenacidad recuerda la del canónigo mallorquín Antonio María Alcover que, como complemento de su grandiosa obra filológica, nos legó en los trece volúmenes de sus *Rondaies mallorquines* el corpus de esta inapreciable ciencia popular en la isla mediterránea. Con anterioridad, el archiduque Luis Salvador de Austria, quizá seducido por el fecundo ejemplo de los *Hinder und Hausmärchen* de los hermanos Grimm, había publicado en Wirzburgo sus *Rondaies de Mallorca*. J. Amades, ampliando la investigación a diversos aspectos de la cultura tradicional, ha sumergido las antenas de su curiosidad en los ámbitos de la canción y la música popular. Ahora, recientes aún sus dos gavillas de las cien mejores canciones populares y de las cien mejores canciones de Navidad, ha publicado una ingente obra de 1.600 pági-

nas sobre el folklore de Cataluña, concretamente sobre su *rondallística*, esto es, sus cuentos, tradiciones y leyendas ¹.

No se trata simplemente de una colección exhaustiva, pero escueta y fría, de cuentos, tradiciones y leyendas, sino de la sistematización científica, documentada, provista de referencias personales y bibliográficas, sutilmente anotada, de toda la sabiduría popular de una de las zonas periféricas más interesantes de la península, condensada en 2.215 números. La pauta que se sigue en esta obra puede servir de orientación para cualquiera otra de la misma naturaleza. Los cuentos comprenden siete secciones: cuentos maravillosos—los más numerosos—, cuentos encadenados, cuentos de animales, cuentos humanos, cuentos ortofónicos, cuentos-juegos y cuentos paremiológicos. El grupo más extenso de las tradiciones se refiere a las explicativas; otro alude a Jesús y a San Pedro, y un considerable acervo al famoso rector de Vallfogona, pintoresca personificación de numerosas tradiciones semejante a la de Quevedo en el anecdotario castellano o a la de Pedro Saputo, protagonista de muchos cuentos altoaragoneses. El árbol de las leyendas es sumamente frondoso: leyendas de la tierra, de rocas, de cuevas, de lagos y fuentes, de monumentos megalíticos, de países y poblaciones, del mar, leyendas religiosas, figuras legendarias, leyendas caballerescas, y de castillos, leyendas plebeyas y de granjas, leyendas tópicas, genealógicas y heráldicas.

«Lo que heredaste de tus padres, afánate en poseerlo». Sobre el recuerdo de esta sentencia goethiana, que podría servir de lema a la ciencia folklórica, construye Amades el edificio de su labor que significa la energía y el entusiasmo de toda su vida, aun sabiendo con el erudito mitólogo E. Nourry que el cabal estudio de las leyendas y de los cuentos no será posible jamás por la brevedad de la existencia humana. El acervo de los documentos folklóricos representa, ante todo, un legado: un legado peligroso y dudoso, debido al estado incipiente de la ciencia que los valora, pero el más cálido, como supervivencia prehistórica, para estudiar el proceso de la cultura y la psicología de los pueblos.

Alma y principio nutritivo de este patrimonio imperecedero es el cuento. El cuento puede iluminar en más de una ocasión ciertos momentos de la noche larguísima que precede a los albores de la historia. Baste recordar el famoso papiro conservado en la antigua biblioteca imperial de San Petersburgo, perteneciente a la XII dinastía egipcia, que reinó unos 3.500 años antes de nuestra era, en el cual se registran las aventuras y las fatigas de un naufrago idéntico al Ulises del poema homérico. Desde el insensible balbuceo de su cuna, el cuento ha sobrevivido a todos los embates de la civilización, a todas las evoluciones del pensamiento humano, y se mantiene intacto en todos los pueblos de la tierra,

así en los más refinados como en los más elementales. En esta universalidad reside la grandeza del cuento, cuyas concepciones más primitivas señalan el germen del mismo quehacer filosófico, la verdadera literatura indígena y nacional de un pueblo, las primeras normas jerárquicas de la poesía, de la problemática humana, del sentido religioso de la vida, de la moral, de la mitología y de la pedagogía.

El valor esencial de la narración, solo vehículo de propagación de los aspectos del espíritu humano durante decenas de milenios, acreciéntase prodigiosamente al afrontar el análisis completo de su organismo: sus orígenes, su interpretación, sus símbolos, sus principios, sus relaciones. Los diversos problemas siguen todavía en la palestra de la discusión, planteados por un puñado de escuelas. Al estudio de estas y otras muchas facetas del arte popular de la narración consagra J. Amades el largo y razonado ensayo que precede a su colección folklórica, subrayando previamente que no es posible una ordenación de cánones generales aplicables al panorama universal del cuento, ya que cada grupo étnico presenta matices y casos individuales, exclusivos. Con su obra indeleble, *aere perennius* como el mismo espíritu que encarna, el folklorista catalán ha logrado a la vez un doble objetivo: ordenar literariamente todo el corpus de la sabiduría oral de un pueblo y facilitar un acopio de documentos vivos en su mayoría inéditos a los futuros investigadores que se consagren al estudio comparativo de los cuentos. Sólo la realización de este estudio, en un día lejano aún, cuando se posean las colecciones de todos los pueblos del planeta, permitirá valorar en la integridad de su ser la significación del cuento dentro del conjunto de la historia de la humanidad.

Esta última observación nos hace meditar en las muchas y extensas lagunas existentes todavía en el mapa folklórico de España. Sólo recientemente, y en sectores aislados, ha arribado a nuestras tierras el movimiento de rehabilitación de la cultura popular, que desde hace medio siglo han suscitado las investigaciones etnográficas y folklóricas. Merece el más vivo aplauso todo intento por asociarnos al ejemplo de otras naciones, que con sus sociedades, museos, bibliotecas y publicaciones mantienen en constante afán su interés por las variadas modalidades que integran la estructura del alma popular, catalogando muebles, trajes y utensilios, ordenando danzas, canciones, costumbres, proverbios, cuentos, tradiciones y leyendas, enmarcado todo ello en su historia, su biografía y su pintoresquismo local. Sólo así pueden precisarse vigorosamente las fisonomías particulares, éticas y topográficas, que tanto contribuyen a la armonía del conjunto. No podía escaparse esta función cultural a los poderosos ámbitos del Consejo Superior de

Investigaciones Científicas, que acoge en su seno una «Biblioteca de tradiciones populares» y edita una «Revista de dialectología y tradiciones populares», encomendada al Centro de Estudios de Etnología Peninsular.

Bajo este aspecto presenta Aragón, pueblo rudo, sucinto, original, ufano de su personalidad y de su individualidad inmanente, un copioso caudal de recuerdos, costumbres y particularidades esenciales; razón de más para que se quede a menudo, en su conjunto, desconectado, incomprendido, expuesto a continuas adulteraciones, que podrían sintetizarse en dos burdas palabrejas de exportación: el «baturro» y el «maño». En vano pretende unificar—escribíamos en otra ocasión—el dramático paisaje espiritual en sus diversas manifestaciones la «jota», esta recia mezcla de alegría, frenesí, brío, desmayo y temblor que, pese a tantas falsificaciones—brutales a veces—, transe de punta a punta las tierras aragonesas y se vierte opulenta por Navarra, Vasconia, Valencia y Mallorca. Persiste en el fondo lo disorde, lo fragmentario, ya que los esfuerzos por ahondar en su entraña y adquirir su conocimiento real han adolecido de falta de continuidad y profundidad, mientras han desbordado de tópicos y prejuicios; ha dejado de reconstruirse, en consecuencia, el panorama de su vida íntima, olvidada, desvaída a veces, que late en los más ocultos rincones de la geografía aragonesa. No ignoramos, desde luego, los numerosos estudios, fundamentales algunos, que se han dedicado a su geografía humana²; la Institución «Fernando el Católico», en su deseo de exaltar y divulgar cuanto de interés ofrece el folklore aragonés, fundó un premio anual de folklore, que empezó a convocarse en 1946, y emprendió la publicación de la interesante revista «Costumbres y tradiciones», pero este laudable propósito no ha conseguido rebasar hasta hoy el primer número de la misma, aparecido en 1948.

Es indudable, por otro lado, que la zona más íntegra y más genuina del antiguo reino reside en el Alto Aragón y, en particular, en los serenos rincones pirenaicos. Gracias a su aislamiento, los posos de la tradición persisten casi inmóviles, pero sanos, en el Aragón septentrional: el habla, las costumbres, las danzas, las leyendas, los romances surgen, como si vivieran en la infancia, mojados con el primer rocío de los albores humanos. No es de extrañar que haya sido esta zona la más propicia a la exquisita fatiga de la investigación, dando origen a un venero rico de estudios, aunque no todavía, que sepamos, a ninguna recolección de cuentos y leyendas³. Fuerza será recordar los más significativos, aunque no sea nuestro intento ofrecer siquiera una síntesis bibliográfica⁴.

Reciente es todavía la publicación de las enjundiosas *Notas de folk-*

lore altoaragonés (Madrid, 1943), con que Ricardo del Arco, constante desempolvador de archivos y fértil erudito, se dedicó al grato ejercicio —ya practicado por él mismo anteriormente en diversas ocasiones— de aproximarse al corazón del pueblo y a su vida directa, completando así la dilatada tarea de sus años consagrados preferentemente a estudios históricos, arqueológicos y literarios. En dicha obra estudió la vivienda y el traje popular, pero dedicó la mayor extensión—más de 400 páginas sobre las 500 de que, en cifras redondas, consta el libro—al examen y a la reproducción de dances, romances, pastoradas, fiestas votivas y otras costumbres del pueblo, que aun sobreviven a los estragos del tiempo y a la incuria de los estudiosos. Preciso es declarar que este libro señala una orientación segura en la investigación de la cultura popular altoaragonesa. Hermosas páginas había ya consagrado al estudio de la gestación de los cantares heroicos Joaquín Costa en su curiosa obra *Poesía popular española y mitología y literatura celto-hispanas* (Madrid, 1881). Al mismo polígrafo de Graus debemos la valiosa conservación de *La pastorada de Capella*, reproducida en diferentes ocasiones (p. ej. «Aragón», oct. 1930, p. 196-199), sin olvidar que una de sus mejores obras es *Alto Aragón (Huesca), derecho de familia, derecho municipal y economía*, que forma el primer tomo del *Derecho consuetudinario y economía popular de España* (Barcelona, 1902). Un curioso romance dramático, *La Morisma o el Triunfo de la Cruz en Aínsa*, fué recopilado por Luis Mur Ventura, profesor del Instituto de Huesca («Aragón», julio-agosto 1930, pp. 101, 119, 125).

Pedro Arnal Cavero, después de trazar en *Aragón en alto* (Zaragoza [1942]), una serie de preciosos croquis altoaragoneses, esmaltados de notas populares y colorido tradicional, contribuye poderosamente a la conservación del espíritu nativo con la publicación de *Refranes, dichos y mazadas en el Somontano y montañas oscenses*, de pronta aparición. Innumerales rasgos de carácter folklórico pueden rastrearse asimismo en las obras literarias de Luis López Allué, particularmente en *Alma montañesa* y en *Del Urnel al Moncayo* (Huesca, 1930), y en las deliciosas narraciones *A través del Somontano* (Zaragoza, 1942), del feliz continuador del costumbrista aragonés, Salvador María de Ayerbe, así como en *De Madrid a Panticosa* (Madrid, 1878), de Carlos Soler y Arqués, en *Flores de montaña* (Zaragoza, 1930), de Luis María de Arag, y en la agudísima *Vida de Pedro Saputo* (Zaragoza, 1927), de Braulio Foz, catedrático de nuestra Universidad Sertoriana (+1865), relato novelístico de fondo folklórico, con salpicaduras del dialecto altoaragonés.

Hay que confesar, sin embargo, que adeudamos a la erudición alemana acaso las más extensas y metódicas noticias sobre los dominios del folklore y la etnografía de esta comarca. Después de los detenidos *Studien zur volkstümlichen Kultur im Grenzgebiet von Hocharagón und Navarra*

(Hamburgo, 1934), de Werner Bergmann, Fritz Krüger publicó su verdadera enciclopedia *Die Hochpyrenäen*, en que estudió sucesivamente con su profundidad y constancia habituales: 1) *Landschaften, Haus und Hof* (Hamburgo, I, 1936; II, 1939); 2) *Hirtenkultur* (Hamburgo, 1935); 3) *Landliche Arbeit*. I: *Transport und Transportgeräte* (Barcelona, 1936); II: *Getreide-Heuernte, Bienen. Wohnung. Wein und Olbereitung* (Hamburgo, 1939); 4) *Hausindustrie, Trachtgewerbe* (Hamburgo, 1936).

Disponen, por tanto, los investigadores altoaragoneses de un estimable documental previo para afrontar seriamente la total recolección de las manifestaciones artísticas populares: cuentos, tradiciones, leyendas, romances, canciones, danzas, música. La recopilación es de carácter urgentísimo. Dentro medio siglo sólo existirán restos del naufragio. Sería conveniente, para el estudio comparativo, una profunda incursión en la vecina zona folklórica, que en particular los investigadores franceses han dado a conocer fragmentariamente. Recordemos a este respecto, para terminar este desaliñado comentario, las siguientes obras, algunas ya clásicas: *Nouvelle suite de costumes des Pyrénées d'après Lagarrigue* (París, 1840), de Perogio; *Recueil des usages locaux constatés dans le Département des Basses-Pyrénées* (Pau, 1868), de J. Orcuto; *Costumes et chansons de nocés dans la Vallée d'Ossau* (Pau, 1912), de J. B. Laborde; *Chansons populaires des Pyrénées Françaises. Traditions, moeurs, usages* (París), de J. Poneigh; *Les légendes des Hautes-Pyrénées* (Bagnères, 1878), de Eugène Cordier; *Les légendes des Pyrénées* (París, 1868), de Karl des Monts; *Proverbes du pays du Béarn* (París, 1876), de V. Lespy; *Some Pyrenean Folk Customs* («Folk-Lore», Londres, v. XLIII, 1932, p. 42-60), de Violet Alford. No podemos, en fin, dejar de mencionar las interesantes noticias etnográficas, referentes al Alto Aragón, contenidas en dos magníficas obras recientes: *Los pueblos de España*, de J. Caro Baroja (Barcelona, Ed. Barna, 1946, p. 434 ss.), y *El Pirineo español*, de Ramón Violant y Simorra (Madrid, Ed. Plus Ultra, 1949).

MIGUEL DOLÇ

1. JOAN AMADES, *Folklore de Catalunya*. I. *Rondallística: rondalles, tradicions, llegendes*. Barcelona, Editorial Selecta, S. A., 1950. Forma el volumen XIII de la magnífica «Biblioteca Perenne», dirigida por J. M. Cruzet, donde han aparecido en suntuosos volúmenes las obras de J. Verdager, M. Costa y Llobera, Santiago Rusiñol, J. Maragall, A. Guimerá, J. Balmes y otros escritores.

2. Puede verse relación en J. M. CASAS TORRES y A. FLORISTAN SAMANES, *Bibliografía geográfica de Aragón* (Institución Fernando el Católico de la Excma. Diputación Provincial de Zaragoza, C. S. I. C., 1946), p. 40-44.

3. Como ha sucedido, por ejemplo, en Teruel, que cuenta con las colecciones de TORNERO F. ANDRES, *Leyendas y tradiciones turolenses* (Teruel, 1891), y de JOSE BELTRAN, *Tradiciones y leyendas de Daroca* (Zaragoza, 1929); además, con la colección de jotas de SEVERIANO DOPORTO, *Cancionero popular turolense* (Madrid, s. a.).

4. Véase la bibliografía en CASAS-FLORISTAN, op. cit., p. 94-100, y en RICARDO DEL ARCO, *Notas de folklore altoaragonés* (Madrid, C. S. I. C., 1943), p. 537-538.